

EL PAÍS SEMANAL

EL CLUB DE LOS RESUCITADOS

Los condenaron, pero eran inocentes.
Entramos en una reunión privada de
supervivientes del corredor de la muerte

THE CLUB OF THE RESUSCITATED

Convicted, but innocent. We enter a
private meeting of death row survivors

Shujaa Graham. Pasó ocho años en la cárcel, cinco de ellos en el corredor de la muerte de California (Estados Unidos), por un crimen que no había cometido.

Shujaa Graham. He spent eight years in prison, five of them on death row in California (United States), for a crime that he had not committed.



A UN PASO DE LA MUERTE

Son un meritorio club de supervivientes. En la historia de Estados Unidos ha habido 139 inocentes rescatados del corredor de la muerte, en el que nunca debieron entrar. 'El País Semanal' accede a una reunión privada de 21 de ellos en Birmingham (Alabama). Durante cinco días de noviembre, convivimos con estos hombres que son historia viva de Norteamérica.

Por **ÁLVARO CORCUERA ORTIZ DE GUINEA**

Fotografía de **SOFÍA MORO**

El pasado 7 de julio, un juez me devolvió la libertad tras 21 años encerrado en Illinois. Pasé 13 años en el corredor de la muerte por culpa de un chivatazo falso y de una confesión que firmé tras 39 horas de tortura policial. Me llamo Ronald Kitchen”.

–“Buenos días. Mi nombre es Curtis McCarty. El Estado de Oklahoma me condenó injustamente a morir. Estuve encarcelado durante 22 años. Nadie me ha compensado o pedido perdón”.

–“Soy Greg Wilhoit. De Sacramento (California). Pasé cinco años en el corredor de la muerte. Me alegro de estar hoy aquí”.

Birmingham (Alabama, Estados Unidos). Por la autopista 65 llegamos a los límites de la ciudad hacia el Sur. En un cruce, dos hom-

bres-cartel anuncian pizza a 5,99 dólares. A tres manzanas, la carretera se empina y llegamos al Alta Vista Hotel, desde donde se divisa la ciudad entera. El establecimiento, una mole de color blanco construida en los años ochenta, tiene aires de lugar venido a menos y a su alrededor hay edificios enteros cerrados, dicen, por la crisis económica. Alabama es el quinto Estado más pobre del país, y la verdad es que se nota. El hotel está casi vacío. Es perfecto para una reunión tranquila.

Haciendo un círculo en una sala de conferencias se presentan, uno a uno, 21 de los 139 ex condenados a muerte que han logrado demostrar su inocencia en la historia de EE UU. Junto a los once negros, nueve blancos y un latino exonerados presentes están sus familiares, amigos y cinco militantes de Witness to Innocence –en castellano, Testigos para la Inocencia, una ONG de Filadelfia >

DERRICK JAMISON

20 años en prisión, 17 en el corredor de Ohio.

“Estuve a una hora de ser ejecutado, sólo a una hora de estar muerto, una hora para ser asesinado. ¿Entiendes lo que te estoy diciendo? Estuve a una sola hora de que me mataran”



> que organiza el encuentro y que fue fundada hace cinco años por la monja Helen Prejean, una mujer a la que dio vida en 1995 Susan Sarandon en la película *Dead man walking* (*Pena de muerte*, en España). Un total de 47 personas van tomando la palabra y, en voz alta, se dan a conocer. Para el grupo, procedente de todo EE UU, ésta es su ocasión para reencontrarse unos y darse a conocer otros. A todos les sirve para “cargar pilas”, una suerte de comunión colectiva de cinco días de duración, “una reunión de antiguos alumnos”, como bromeaban algunos. Es su momento privado tras un año en el que algunos de ellos no han parado de viajar y hacer campaña contra la pena capital en escuelas, universidades, iglesias... De manera excepcional, permiten que un medio de comunicación, “por ser extranjero”, se sume por primera vez a su íntimo corro. Y es que algunos, como Curtis McCarty, desconfían de los periodistas estadounidenses: “Si prestaran más atención a la pena de muerte en nuestro país, si dijeran que hay cosas innecesarias, inmorales e inconstitucionales, terminarían con el problema. Pero no lo hacen”.

EL CÍRCULO AUMENTA así de tamaño: 48 y 49. Un periodista y una fotógrafa de *El País Semanal* accedemos a las reuniones y compartimos hotel, comida, bebida y muchas conversaciones durante cinco días de noviembre en Alabama. El sitio elegido por la ONG (cada año escogen uno distinto de la geografía norteamericana) destaca por ser uno de los Estados que se dejó hasta la sangre, en los años cincuenta y sesenta, por la igualdad racial en Estados Unidos. Ubicado en el sur del país, Alabama conserva todavía la herencia del pasado segregacionista y fundamentalista-religioso que tiene en común con otros Estados: Tejas, Florida, Oklahoma, Misuri, Georgia, Carolina del Norte y Carolina del Sur, Luisiana, Arkansas...

No es casualidad que estas regiones sureñas sean también las que concentran la gran mayoría de las ejecuciones de EE UU, el 87% del total en 2009. Pero son muertes que no generan debate social. En Alabama lo comprobamos. El único momento en que los exonerados y sus familias abandonaron el hotel en cinco días fue para acudir a las puertas del Palacio de Justicia de Birmingham, donde habían convocado una rueda de prensa. En un día soleado y agradable, sólo se presentaron dos medios: la televisión ABC News y *El País Semanal*. Apenas una veintena de transeúntes pararon para escucharles.

En el hotel charlamos uno a uno con los exonerados. En una sala adyacente a la que utilizaron para reunirse, los entrevistamos y fotografiamos. Compartimos unos antiguos

sofás marrones junto a unos ventanales. Desde ese lugar, estas 21 personas nos explican su milagro y nos guían por el sistema carcelario, judicial y policial estadounidense. El goteo de testimonios dibuja una situación general llena de lugares comunes: corrupción, maltrato, secuelas, racismo... Poco a poco ponemos caras al horror.

La de Derrick Jamison es inolvidable. Este afroamericano de Ohio de 48 años y aspecto de rapero mira a cámara. Sonríe pacientemente con dientes de oro, luce brillantes, anillos y todo tipo de bisutería. Su gorra de los Cincinnati Reds de béisbol delata su procedencia y su afición al deporte. Con él hablamos también de baloncesto. Se declara *fan* de LeBron James y sus Cavaliers de Cleveland, la otra gran ciudad de su Estado. Derrick es un tipo que al hablar despierta cariño, lo hace pausado, como un niño en la piel de un adulto, con una extraña paz que

AL MENOS OCHO INOCENTES HAN SIDO EJECUTADOS DESDE 1976, EL ÚLTIMO HACE CASI SEIS AÑOS

casi todos los rescatados del corredor contagian al estar a su alrededor. Como si estuvieran ya por encima del sufrimiento, al que Derrick venció y conoce bien: “Estuve a una hora de ser ejecutado, sólo a una hora de estar muerto, una hora para ser asesinado. Porque eso es lo que querían hacer. ¿Entiendes lo que te estoy diciendo? Estuve a una sola hora de que me mataran”, dice clavando sus ojos. Fue el peor momento de sus 17 años en el corredor, el día más crítico de su vida, el de su fecha de caducidad.

En 1985 había sido acusado y condenado a muerte por el asesinato de un camarero en su ciudad. Pero Derrick siempre mantuvo su inocencia. En el camino para demostrarla tuvo que bregarse contra un perezoso sistema de apelaciones. Llegaron a ofrecerle la perpetua a cambio de que admitiera el crimen. No aceptó. No podía, a pesar de que convivía día a día con la amenaza de su propio asesinato legal, porque se sabía inocente. El proceso judicial se alargó y fue tan lento que tuvo que esperar a 2002 para que un juez reconociera que se le había de juzgar de nuevo y le sacara del corredor. Entonces se supieron dos cosas. Una, que otro acusado de dudoso historial había recibido una reducción de condena en su día a cambio de testificar contra Derrick. Y dos, que el fiscal había ocultado premeditadamente declaraciones vitales de varios testigos presenciales del crimen que contradecían a ese falso

soplón. En definitiva, nunca hubo pruebas contra él, sino todo lo contrario. Jamison quedó finalmente libre en 2005. Veinte años después de una condena injusta: inocente. No le han indemnizado.

Derrick, que describe su primer día en la calle “como el de un niño el día antes de Navidad”, tuvo mucha suerte. Pertenece al club de 139 excarcelados (sólo una mujer entre ellos y un español, Joaquín José Martínez) liberados del corredor de la muerte en el que nunca debieron entrar. A pesar de esa desgracia, ellos se consideran generalmente afortunados. Y es que, según las cifras más conservadoras, al menos ocho inocentes han sido ejecutados desde 1976, cuando se reinstauró la pena de muerte en EE UU tras cuatro años de pausa por el caso de un condenado en Georgia que había llegado al Supremo. Tras aquella última gran oportunidad de eliminar la pena capital, EE UU ha liquidado a

1.188 personas mediante diversos métodos. El dato es del pasado 29 de diciembre, pero el goteo sigue, a medida que las inyecciones letales o las sillas eléctricas hacen su trabajo. En Internet hay

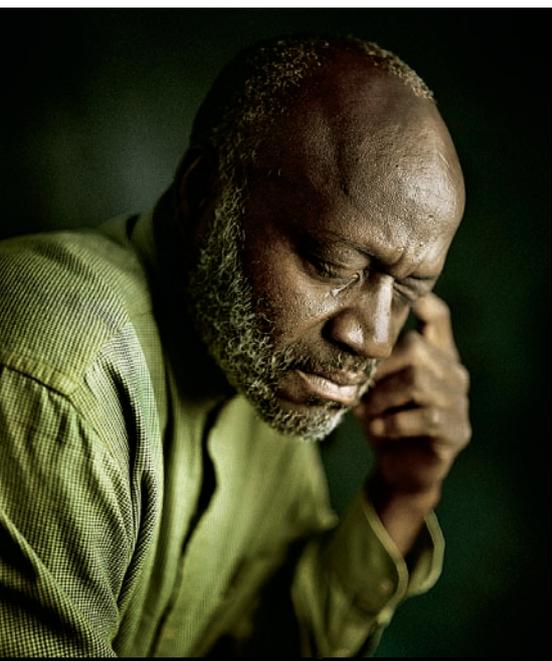
macabros calendarios con previsiones, nombres y apellidos. Para 2010 se esperan seis muertes en enero, tres en febrero... Estados Unidos es el cuarto país con más ejecuciones, tras China, Irán y Arabia Saudí.

EL MOVIMIENTO ABOLICIONISTA en EE UU tiene enorme mérito porque lucha contracorriente. “A veces es una batalla solitaria. Sobre todo en el Sur, en el corazón de la pena de muerte, donde se va muy por detrás del resto del país en cuanto a la sensibilización. De todas maneras, si bien en los años ochenta era frustrante estar en contra de la pena de muerte, en los noventa las cosas empezaron a cambiar por la aparición de más y más casos de inocentes en prisión. El movimiento ha crecido”, opina Kurt Rosenberg, uno de los activistas presentes en Alabama y que tomó las riendas de Witness to Innocence al poco de que la monja Helen Prejean fundara la organización. Si bien los últimos tres años han sido positivos, ya que Nuevo México (2009), Nueva York (2007) y Nueva Jersey (2007) han eliminado la pena capital de sus territorios y roto una mala racha que duraba 23 años (Massachusetts y Rhode Island habían sido los últimos en abolirla en 1984), todavía 35 Estados (de 50) mantienen las sentencias de muerte en sus códigos penales con un apoyo popular abrumador. Según una encuesta reciente de Gallup, un 65% de los estadounidenses está a favor, frente a un 31%

SHUJAA GRAHAM

8 años en prisión, 5 en el corredor de California.

“Soy un soldado. Soy un soldado. Soy un soldado... Habéis hecho todo el camino desde España hasta Alabama. Muchas gracias por venir. Muchísimas gracias”



PAUL HOUSE

22 años en prisión, todos en el corredor de Tennessee.

“Sé que suena extraño, pero conocí a verdaderas buenas personas en el corredor de la muerte. Siento que tengo mucha suerte. Hay que tenerla para salir tras tantos años”

que se opone. Aunque la diferencia sea aún abismal, es, sin embargo, de las más estrechas desde los años setenta y coincide con el aumento de casos de inocentes excarcelados en los últimos años. En 2009 han salido nueve personas del corredor, la misma cifra que en 2000. Sólo el año 2003, con 12 exonerados, les supera. El contador avanza cada vez más rápido, sobre todo gracias a la proliferación de las pruebas de ADN. The Innocence Project, una organización fundada en 1992, ha probado con ese método la inocencia de 248 personas (algunas en el corredor y otras no), demostrando una y otra vez que EE UU tiene un problema. El último caso es el de un hombre condenado a cadena perpetua en Florida, liberado el pasado 17 de diciembre tras 35 años encerrado, un récord en cuanto a permanencia en la cárcel de un inocente.

¿Y LA VIDA TRAS LA CÁRCEL, QUÉ? Al salir hay dificultades económicas, sociales, familiares, de salud... Sentado en una silla de ruedas que parece quedarle pequeña, Paul House, un hombre corpulento de 48 años liberado a mediados de 2009 gracias precisamente a The Innocence Project, habla con dificultades. Su madre, Joyce, hace de portavoz casi todo el tiempo: “¡Me enfado cuando alguien dice que en el corredor hay atención médica!”. Su hijo, con una medio sonrisa muy atrofiada por la falta de cuidados dentales en prisión, corrobora: “Bullshit!” (una palabra soez que significa “mentira”). Paul estuvo 22 años encarcelado en el corredor de Tennessee. Los últimos 10, afectado por una esclerosis múltiple, encerrado las 24 horas del día en su celda, donde comía y hacía sus necesidades. Apenas podía moverse o hablar. Ningún guarda se esforzó en sacarle de su cuadrilátero, aunque sólo fuera en la única hora diaria a la que tenía derecho, esposado, al patio.

“Empezó a tener problemas de equilibrio. Él pensaba que sería por una infección de oído. Pero en una de las visitas, otro preso se acercó y me dijo: ‘Señora House, algo le pasa a su hijo. Le he visto apoyarse en las paredes para no caerse’. A la mañana siguiente llamé a mi abogado. Nos costó dos años que un médico entrara a diagnosticarle su enfermedad. Así que los otros presos se ocuparon de él”. Paul afirma a trompicones: “Sé que suena extraño, pero conocí a verdaderos buenos tíos en el corredor”. Tras el diagnóstico, continúa la madre, la prisión sólo le dio vitaminas y paracetamol. La batalla legal por las inyecciones que necesitaba fue ardua. Tiempo perdido que deterioró la salud de Paul en medio del desinterés por parte de las autoridades de Tennessee.

A 800 kilómetros de él, Nathson Fields, otro inocente, vivía condenado a muerte en

Illinois. Nate, un negro de Chicago lleno de energía y vitalidad, explica los motivos de esa desatención y comprobamos que lo sucedido a Paul en Tennessee no fue una anomalía, sino un sistema carcelario: “Su mentalidad es ¿por qué deberíamos darte atención médica si te vamos a matar de todos modos?”. En el corredor, como mucho te dan un par de aspirinas”. A Nate, que pasó 18 años en la cárcel, 11 de ellos condenados a muerte por un crimen que no cometió, su cabeza le explota de recuerdos. Es su postortura psicológica: “Recuerdo cada día las ejecuciones, a los amigos que vi pasar junto a mi celda de camino a su muerte. Recuerdo estar en la sala de visitas y ver a uno de mis amigos despidiéndose de su madre y sus niños, todos llorando porque sólo le quedaban dos días para su ejecución. Algunos se volvían locos. No aguantaban. Hablaban solos. Dejaban de lavarse. Otros se suicidaban. Un día, uno de ellos me dijo: ‘Nate, te voy a echar de menos’. No entendí nada. Al día siguiente le encontraron ahorcado. Otra vez, un tipo cayó fulminado en el patio. Pedimos un médico. Nadie hizo nada. Se recuperó... pero no le hicieron un escáner. ¡Y adivina! Al mes murió de un aneurisma”.

A Nate, claramente la cárcel le hizo más fuerte. Lora a recordar el día que le comunicaron que su madre había muerto: “Ese día pensé: ‘esto es todo, éste es mi final’. Pero incluso a eso se pudo recomponer. No cayó ante la presión de la espera de lo inevitable: “No sé cómo lo conseguí. Creo que resistí porque sabía que era inocente. En el instituto fui campeón de lucha. Crecí peleando”. La familia, los amigos, la fe religiosa o la lectura son otros de los salvavidas de los 21 de Alabama. Otros encarcelados no aguantan. Desde 1976, un 11% de las ejecuciones han sido voluntarias, presos que no podían más y renunciaron a todas las apelaciones. Para enero de 2010 se esperan dos casos.

OTRO TIPO ENDURECIDO EN PRISIÓN es Curtis McCarty, blanco, con perilla, ojos claros y cabeza afeitada. Pasó 22 años en la cárcel, 16 en el corredor de Oklahoma. Eso es un poquito menos de la mitad de su vida entre rejas. A pesar de haber estado tanto tiempo al margen de la sociedad, demuestra conocerla en cada reflexión. Su relato, su mirada y sus lágrimas nos golpean: “Deberías ver lo que les ocurre a esos tíos cuando su tiempo se acorta, cuando les dicen que tienen que empaquetar sus cosas para enviarlas a sus familias porque la ejecución es inminente”. En la pared, los calendarios marcan los días que le quedan a cada uno, un tictac psicológico insoportable. Saben, con unos meses de antelación, su fecha exacta: “Mataron a mi mejor amigo. Billy y yo compartimos celda >



RONALD KITCHEN

*21 years imprisoned in Illinois,
13 on death row:*

*"I was a drug dealer.
I've never denied that,
not even in front of a judge.
But I was never a murderer.
A judge freed me on 7 July
after 21 years of imprisonment.
I spent 13 on death row."*

RONALD KITCHEN

*21 años encerrado en Illinois,
13 en el corredor.*

*"Yo era un vendedor de droga.
Eso nunca lo he negado,
ni siquiera ante un juez.
Pero nunca fui un asesino.
Un juez me liberó el 7 de julio
tras 21 años encerrado.
Pasé 13 en el corredor"*



ALBERT BURRELL

*14 años en prisión, 13 en el
corredor de Luisiana.*

*“Me pusieron fecha. Estuve a
17 días de morir. Pero hubo
un vigilante que sabía que yo
no podía ser un asesino. Yo
no sé leer ni escribir. Pero él
me ayudó a conseguir un
abogado. Me salvó la vida”*

ALBERT BURRELL

*14 years in prison, 13 on
death row in Louisiana.*

*“They gave me the date. I was 17
days away from death. But there
was a prison guard who knew
that I could never be a murder-
er. I don't know how to read or
write. But he helped me to get a
lawyer. He saved my life.”*



DELBERT TIBBS

*3 years in prison, imprisoned
on death row in Florida.*

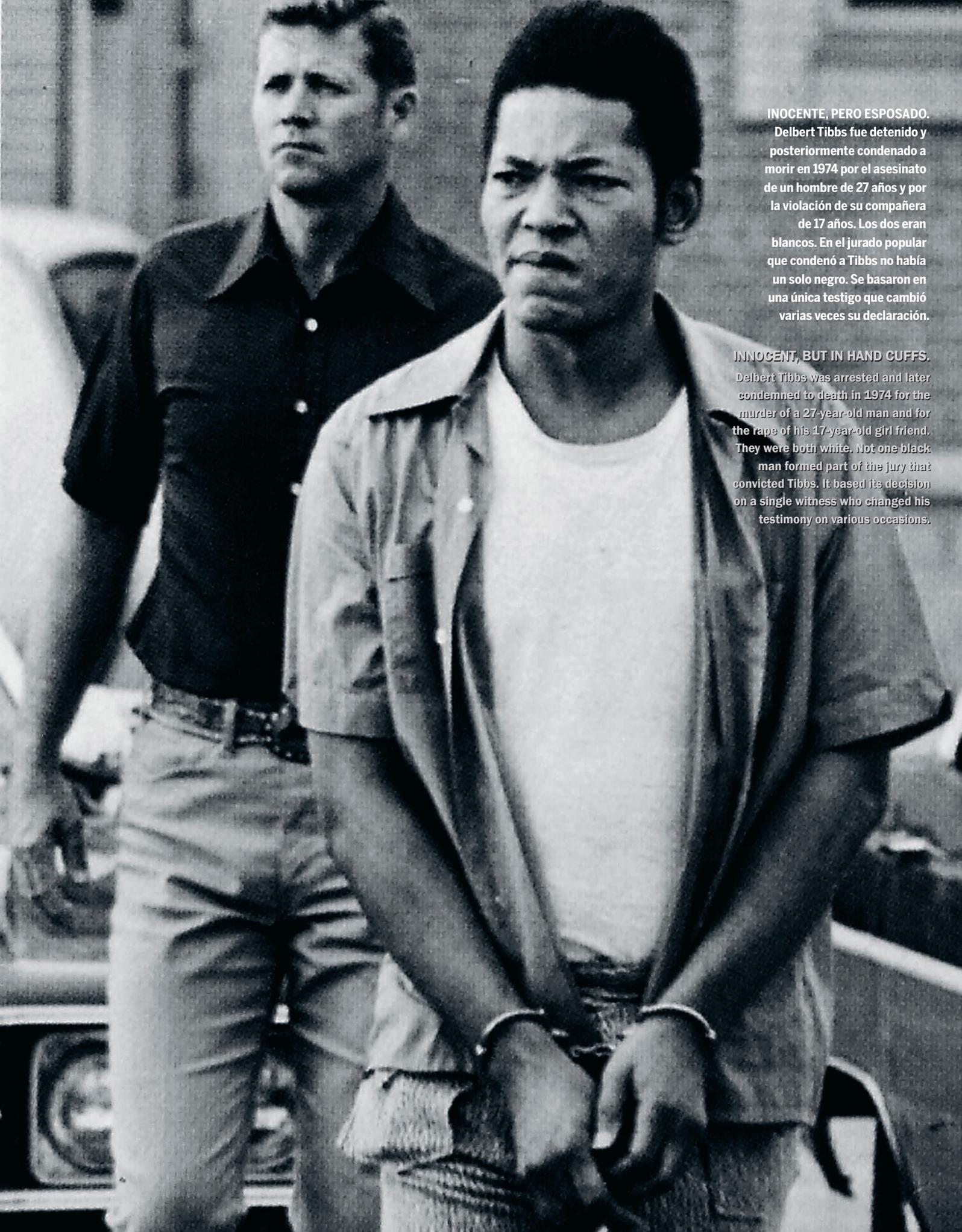
*“The day they set me free?
The change was marvellous,
confusing, frightening
and liberating.
I grew as a person.”*

DELBERT TIBBS

*3 años en prisión, encerrado
en el corredor de Florida.*

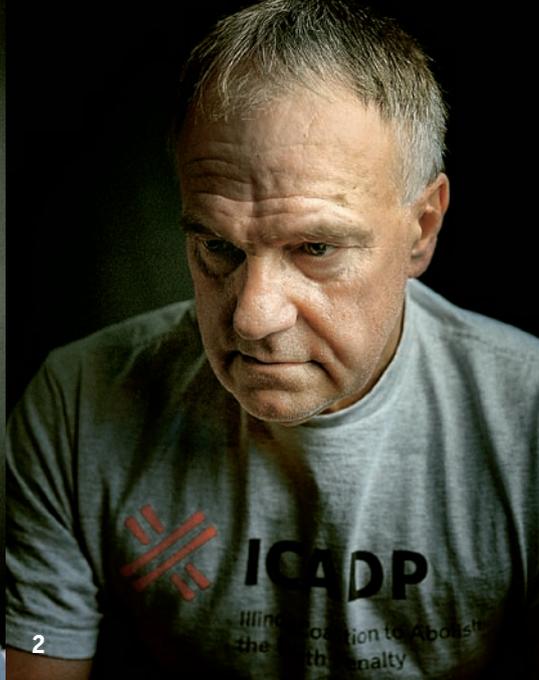
*“¿El día que me liberaron?
La vuelta fue maravillosa,
confusa, aterradora
y liberadora.
Crecí como persona”*

**THE
EXONERATED**
A Court TV Original Movie



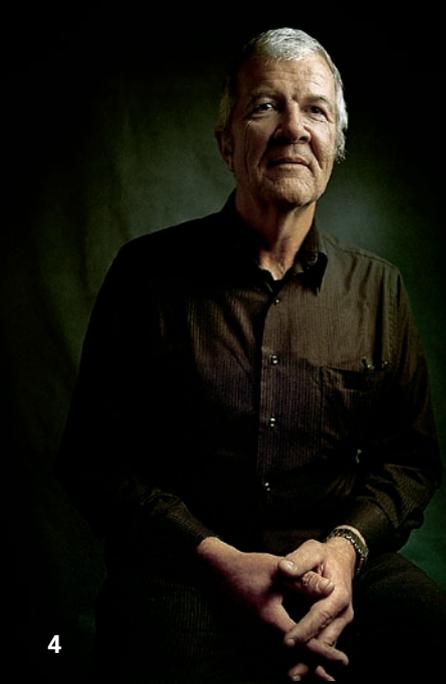
INOCENTE, PERO ESPOSADO.
Delbert Tibbs fue detenido y posteriormente condenado a morir en 1974 por el asesinato de un hombre de 27 años y por la violación de su compañera de 17 años. Los dos eran blancos. En el jurado popular que condenó a Tibbs no había un solo negro. Se basaron en una única testigo que cambió varias veces su declaración.

INNOCENT, BUT IN HAND CUFFS.
Delbert Tibbs was arrested and later condemned to death in 1974 for the murder of a 27-year-old man and for the rape of his 17-year-old girl friend. They were both white. Not one black man formed part of the jury that convicted Tibbs. It based its decision on a single witness who changed his testimony on various occasions.



1. **FREDDIE PITTS.** Pasó 12 años condenado en Florida, junto con otro acusado, también negro, por el asesinato de dos blancos. 2. **RANDY STEIDL.** En 1986 le acusaron de matar a una pareja. Entró en prisión y pasó más de 17 años encerrado, 12 de ellos en el corredor. 3. **DAVID KEATON.** En 1973 se convirtió en el primer exonerado. Llevaba 2 años en prisión. Tuvo que esperar a 1979, cuando se detuvo al verdadero asesino, para que lo liberaran. 4. **GARY DRINKARD.** Sufrió 8 años de prisión, 5 en el corredor, por un crimen que no cometió. 5. **GREG WILHOIT.** Su historia es parte de un libro de John Grisham. Pasó 5 años en el corredor de la muerte de Oklahoma por el asesinato de su mujer. Pero él no fue. 6. **RANDALL PADGETT.** Pasó 3 años en el corredor de Alabama por el asesinato de su esposa, y otros 3 años mientras esperaba un nuevo juicio. 7. **PERRY COBB.** Ostenta el récord de juicios, cinco, por el mismo crimen. Finalmente, tras 8 años condenado a morir en Illinois, fue liberado. 8. **RON KEINE.** Él y tres amigos moteros fueron encerrados dos años injustamente en el corredor de Nuevo México. 9. **HERMAN LINDSEY.** Libre desde el pasado 9 de julio, Herman pasó tres años condenado a morir en Florida. 10. **JUAN MELÉNDEZ.** Pasó 18 años en el corredor de Florida. La prisión le dio un pantalón, una camiseta y 100 dólares el día que lo liberaron. 11. **HAROLD WILSON.** Tras 16 años en el corredor de Pensilvania, salió en 2005. 12. **RAY KRONE.** Pasó 10 años en prisiones de Arizona. Durante 3 años estuvo condenado a morir. 13. **JOHN THOMPSON.** 18 años en Luisiana, 14 en el corredor.





4



5



7



8



12



13

> los 11 últimos años de su vida. Era un buen chaval". Cuando Curtis habla, lo hace intercalando silencios, buscando unas palabras que en realidad tiene muy claras. Es un tipo con una doble vertiente. Su corazón está dolorido, pero al tiempo es un hombre alegre, que ríe y tiene un gran sentido del humor. De hecho, es un gran placer compartir unas cervezas con él y su novia, Amy. Mientras ella habla, él no para de hacer fotos con una pequeña cámara, como si quisiera documentar cada instante de su vida para que no se le olvide. De hecho, reconoce, tiene problemas para recordar las cosas, una de las consecuencias que muchos padecen tras años sin obligaciones tan sencillas como pagar una factura.

Pero Curtis se pone serio y llora cuando destapa sus recuerdos más duros. "Cuando mataron a Billy, mi tiempo también se acababa. No estaba de humor para ninguna mierda. Varios presos pensamos en hacer una huelga de hambre para protestar. Nos iban a matar igual. Que os jodan, no podéis tratarnos así", pensaba. Un golpe de suerte en su momento anímico más bajo lo sacó del corredor: el FBI estaba investigando irregularidades en el laboratorio de la policía de Oklahoma City. Un anónimo había enviado una lista a los federales con ocho casos, entre los que estaba el suyo, para que los reinvestigaran. Se supo que aquel laboratorio había falsificado pruebas durante años, y gracias al ADN, Curtis pudo probar su inocencia. Preguntado por si ama a su país, calla en un impás eterno, se atusa la perilla, mira al horizonte y musita tajante: "No".

EL HIMNO ESTADOUNIDENSE habla de "la tierra de los libres", pero paradójicamente pocos americanos han sido compensados por el error judicial que los encarceló. Tras años perdidos, algunos están endeudados, la mayoría tiene nulas o difíciles perspectivas laborales, otros son alcohólicos y todos sufren estrés postraumático. Con ese panorama, la ayuda gubernamental es mínima y casi todo el apoyo se acaba sustentando en las redes familiares y de amigos.

"He gastado 220.000 dólares en abogados. Vendí mi casa, mi granja, mis coches. Todo lo que tenía. Incluso mis familiares hipotecaron sus hogares", explica Randall Padgett, ex convicto, inocente en el corredor de Alabama durante cinco años. Hablamos con él ante las puertas del Palacio de Justicia de Birmingham. Sonríe porque ya no está en prisión, pero explica con cara de circunstancias que ahora está arruinado por las deudas generadas por su paso por el corredor. Pero resulta que o se gastaba el dinero en sus propios abogados, o quizá hubiera muerto. El letrado que le puso el Estado le reconoció que no iba a >

> luchar demasiado. Era un caso por el que apenas iba a cobrar unos dólares. Para Randall y el resto, conseguir un trabajo es difícilísimo. Hoy peor aún que nunca, debido a la crisis económica. Son personas sin experiencia laboral durante años y en su expediente consta su paso por prisión. A pesar de la inoportunidad, casi ningún entrevistador se anima a darles una oportunidad.

No hay datos generales, pero de las 21 personas que conoció *El País Semanal*, sólo a dos se les han reconocido indemnizaciones millonarias. A John Thompson, un tipo de habla y risa nerviosas, un juez le ha concedido 14 millones por sus 18 años en prisión. Todavía no ha cobrado. El Estado de Luisiana está peleando con Nueva Orleans para compartir la factura. Mientras, John no ha perdido el tiempo. Ha fundado una ONG y ha comprado una casa en la ciudad, donde acoge a todos los exonerados que necesiten ayuda, estuvieran o no condenados a morir. El que sí cobró fue Ray Krone, cuatro millones por 10 años: lo invirtió en su granja, y no le va mal. Mientras, hay casos como el de Ron Keine. Un juez estableció que 5.000 dólares era el precio por dos años en el corredor. O peor: a Juan Meléndez, la prisión le dio un pantalón, una camisa y 100 dólares cuando lo liberaron tras casi dos décadas encerrado.

EN EL CÍRCULO DE ALABAMA se explica, sobre todo para los nuevos, que sólo 27 de los 35 Estados con pena capital tienen leyes de compensación. Pero son incompletas, no se utilizan en la práctica, o sólo sirven para casos de ADN. A nivel nacional, existe una ley para presos federales que contempla 50.000 dólares por año erróneo en prisión, aunque nunca se ha aplicado, porque nunca ha habido un exonerado federal. El Congreso norteamericano debate ahora una ley nacional para los casos estatales, unos 500, incluidos los 139 que salieron del corredor. Sin embargo, la propuesta, apoyada de momento sólo por 52 de los 435 congresistas, es infinitamente menos generosa que la ley federal: habla de dos años de ayuda económica no directa a las víctimas, a través de ONG que decidirían una por una. Al explicarse esto, la sala de reuniones del hotel se llenó de comentarios de desaprobación.

¿Cómo es posible que en un país como Estados Unidos haya habido al menos 139 personas condenadas a muerte siendo inocentes? Caso tras caso, se repiten varias circunstancias. Policías que ocultan o destruyen pruebas, mala praxis de los fiscales, perjurios, abogados de oficio sin experiencia y con bajos sueldos, soplones que sólo actúan en su propio interés... “Los motivos son políticos. Dicen que necesitamos calles seguras.

Ponen a los fiscales en una situación de obligación de ganar. La meta de cualquier abogado es convertirse en juez. Para lograrlo necesitan un porcentaje alto de victorias. Algunos llegan al 80%. Es imposible conseguirlo sin haber hecho algo ilegal”, opina John, ya de noche, en el exterior del hotel.

Para colmo, cuando se demuestran los errores, todos se lavan las manos: “Nadie quiere admitirlos. Están en juego muchas carreras y pensiones”, explica Randy Steidl, que pasó casi 18 años encerrado en Illinois (12 de ellos, condenado a morir) y que superó dos fechas de ejecución. La última, por sólo seis semanas. Su libertad llegó de manera sorprendente. Los estudiantes de Derecho de la Universidad Northwestern de Chicago revisaron su caso como trabajo de clase. Ellos, “junto con la honestidad” de un policía estatal, demostraron que Randy y otro encarcelado no eran culpables del asesinato de una pareja en un pequeño pueblo en 1986.

En 2003, un año antes de quedar Randy libre, el entonces gobernador de Illinois, George Ryan, eligió esa universidad, no por casualidad, para anunciar que conmutaba la pena de muerte por cadena perpetua a los 167 presos que estaban entonces en el corredor del Estado. La medida perseguía evitar errores irremediables y venía a reconocer que la pena capital se tambaleaba en su territorio. Y es que Illinois, que no ha ejecutado a nadie desde 1999, tiene un historial terrorífico en cuanto a corrupción y equivocaciones. Cuando Ryan tomó esa decisión, muchos problemas ya se conocían o intuían. Uno de los casos más escandalosos fue el del juez Thomas Maloney, que apañó al menos cuatro de sus juicios a cambio de sobornos entre 1977 y 1990. Su carrera judicial, ligada al crimen organizado, terminó cuando una investigación del FBI destapó sus prácticas. En 1993 fue condenado y pasó 12 años en prisión. Poco después de salir, murió. Tenía 83 años.

Perry Cobb, condenado por Maloney en 1979, describe al juez: “Era blanco y muy racista. Toda la gente que metía al corredor o a la cárcel éramos negros”. Los afroamericanos tienen, estadísticamente, más probabilidades de ser condenados a muerte: en 2008 representaban un 41% de los presos del corredor, a pesar de ser menos de un 13% entre la población de EE UU, según el Departamento del Censo de ese país. Perry nunca olvidará lo que perdió: “Fue devastador en mis hijos. Me alejé de mi familia. Tenía una mujer, de la que estaba profundamente enamorado. Me costó año y medio convencerla, con la ayuda de mi padre, para que se divorciara de mí. Ella estaba a punto de morir de los nervios y no quería que criara así a nuestros hijos. Le pedí que se concentrara en

CURTIS MCCARTY

22 años en prisión,
16 en el corredor de Oklahoma.

“Mataron a mi mejor amigo. Billy y yo compartimos celda los últimos 11 años de su vida, 23 horas al día. Era un buen chaval”



NATHSON FIELDS

18 años en prisión, 11 en el corredor de Illinois.

“El día que me dijeron que mi madre había muerto pensé que iba a ser mi final, que no aguantaría más. Pero lo hice. No sé cómo lo conseguí. Resistí porque sabía que era inocente”

ellos. Una de mis hijas fue violada cuando tenía 11 años. ¿Dónde estaba su papi? No le pude ayudar”, lamenta.

Uno de los cuatro juicios apañados por Maloney fue el que le costó 18 años de cárcel a Nate Fields, también negro, como Cobb. Pero aunque Nate entró en el corredor en 1986 y la condena al juez llegó en 1993, su caso no obtuvo una revisión automática y siguió en prisión diez años más: “Este juez había enviado a cientos de personas a la cárcel. Sabían que tendrían que repetir muchos juicios y no querían. Así que preferían ejecutarme antes que revisar mi caso”. Nate logró que un juez fijara en 1998 una fianza de un millón de dólares para su libertad, mientras se esperaba el juicio definitivo. No tenía tanto dinero, pero en 2003, otro preso amigo suyo lo pagó por él y Nate salió libre. Tras seis años en la calle, finalmente un juez de Chicago le declaró inocente el pasado abril.

LA FALTA DE ESCRÚPULOS en Illinois también ha sacudido a la policía. El ex jefe del cuerpo de Chicago Jon G. Burge fue apartado de su puesto a principios de los noventa tras una investigación interna que reveló que había estado involucrado en al menos 50 graves casos de tortura. Hasta hoy, Burge sólo ha pagado los hechos con aquel despido. Pero Ronald Kitchen, en libertad desde el pasado 7 de julio, tiene metido en la cabeza que la persona que ordenó machacarle durante 39 horas, hasta que firmó la confesión de un crimen que no cometió, acabe entre rejas. Este afroamericano sonríe hoy eufórico y se abraza a cada rato a su novia, Katina. “Soy feliz. Y cada día que pasa lo estoy un poco más”, afirma tras 21 años encarcelado, 13 de ellos condenado a morir. De su primer día en libertad, señalaba en Alabama, recuerda que abrazó a su hijo de 20 años por primera vez y que después se comió un helado. En 1988, Ronald era un traficante de drogas, según reconoce él mismo. Entonces, un falso soplón le acusó del asesinato de dos mujeres y tres niños. El tipo estaba encarcelado entonces y recibió una reducción posterior de su condena. Era el cuñado del primo de Ronald. Seguramente, opina, todo fue una trampa para librarse de él. Sin más pruebas que la palabra del chivato, Ronald terminó, tortura mediante, en el corredor. Libre tras dos décadas y con un imperturbable buen rollo, asegura que de momento sólo quiere disfrutar del día a día. Sólo pone excusas a jugar a baloncesto porque le recuerda a su ocio en prisión.

Un chivatazo falso fue lo que también condenó a Albert Burrell en 1987, éste en el Estado de Luisiana. Este hombre humilde, amable y con *look* de *cowboy*, cuenta su increíble historia con un hilillo de voz. Tras

divorciarse de su mujer, Albert había logrado la custodia del hijo que tenían, Charles, de cinco años. El asesinato de una pareja en la zona fue la ocasión perfecta para la ex, que telefoneó al *sheriff* y dijo que su antiguo marido era el asesino. Sin pruebas ni testigos, basándose sólo en la mentira de una mujer despechada, policía y juez creyeron la versión. O quisieron creerla, agobiados por la presión social por resolver el crimen. Albert pasó los siguientes 13 años en el corredor de Angola, una de las cárceles más duras de EE UU, y su ex recuperó la custodia del niño. Albert, que había vivido internado en un centro psiquiátrico desde los siete hasta los 16 por una deficiencia mental, fue un blanco perfecto, pues no sabe leer ni escribir, y sus recursos culturales son mínimos. Sólo la ayuda desinteresada de dos abogados de Minneapolis que supieron de su caso le sacaron de la cárcel. Hoy se gana la vida, por 10

UN 41% DE LOS CONDENADOS SON NEGROS, A PESAR DE SER SÓLO EL 13% DE LA POBLACIÓN

dólares la hora, en una granja de Tejas. Para rizar el rizo de su desgracia, el hermano de Albert terminó casándose con su antigua esposa, sobre la que no ha caído la justicia por acusarle en falso. No se habla con ellos, y de su hijo no tiene ni rastro. Sabe que se cambió el nombre y poco más. Albert lo perdió todo. Pero dice, mientras bebe una cerveza, que se siente “muy afortunado”.

De hecho, lo es. “Hay 139 exonerados. Solamente estamos 21 aquí. El resto: suicidios, drogadicción, alcohol... Otros no quieren recordar. Los que llevamos más tiempo fuera intentamos ayudar a los recién salidos. Les decimos: si te has quedado sin un dólar y vas a robar... llámame. Si tienes hambre, llámame. Antes de equivocarte, llámame”, subraya Ron Keine, otro ex convicto. Él cree que los norteamericanos no son conscientes de que su sistema judicial está roto: “Esto le puede suceder a cualquiera. Pero no lo saben porque nunca han tenido que lidiar con él. Creen que no deben preocuparse porque nunca cometerán un crimen”.

Según Gallup, un tercio de los norteamericanos que apoyan la pena capital piensa que su país ha ejecutado a inocentes, pero aun así consideran que son daños colaterales que vale la pena asumir para luchar contra el crimen. Sin embargo, en otra encuesta, ésta de Harris, un 41% de los estadounidenses rechaza que la pena de muerte reduzca los delitos. Aparte del riesgo a equivocarse, la cri-

sis económica podría ser ahora el aliado perfecto para los abolicionistas. El corredor de la muerte es demasiado caro comparado con una cadena perpetua, ya que en el primer caso los presos tienen derecho a todas las apelaciones, nueve pasos que aumentan la factura a la par que alargan la agonía años. Por ello, en algunos sectores de población está calando la idea del ahorro, aunque en el lado de algunos abogados todo se ve distinto, ya que el sistema es un negocio bastante lucrativo y muchos no quieren que desaparezca.

LOS FRÍOS NÚMEROS son bastante más calientes cuando se les pone rostro, nombre y apellidos. En el “exclusivo club” de 139 norteamericanos rescatados de la muerte, la palabra esperanza tiene un significado particular. “En el corredor, la esperanza te podía matar. Cualquier cosa buena que esperaras... si no llegaba... ¡uf! Hoy me enfrento a todo como si fuera a pasar lo peor, pero esperando lo mejor. Y sorprendentemente, lo mejor suele ocurrir”, asegura un nervioso Greg Wilhoit, que todavía no ha podido superar el alcoholismo en el que se metió tras recuperar su libertad.

Tras cinco días compartiendo hotel, comida, bebida, reuniones y conversaciones con 21 personas que a punto estuvieron de morir por crímenes que no hicieron, llega el momento de las despedidas. Shujaa Graham es un afroamericano al que le puede la emoción. Con lágrimas en los ojos, nos da las gracias y repite luchador: “I’m a soldier” (“Soy un soldado”). Su mujer, Phyllis, la enfermera blanca de la que se enamoró en prisión, había cerrado las jornadas de reuniones en Alabama cantando un emocionante estribillo de los años de la esclavitud en el Sur. La letra también sirve a los exonerados. El corro unió sus manos primero, dio palmas después y cantó al unísono: “We who believe in freedom cannot rest!” (“¡Nosotros que creemos en la libertad no podemos descansar!”).

Shujaa nos regala una camiseta con la cara de Cameron Todd Willingham, el último caso conocido de un inocente ejecutado, el 17 de febrero de 2004, en Tejas. Le habían ofrecido la perpetua, pero la rechazó convencido de que se sabría la verdad. En la parte trasera de la prenda, las últimas palabras del reo: “Soy un hombre inocente, condenado por un crimen que no cometí. He sido perseguido durante 12 años por algo que no hice”. Minutos después, una inyección letal paralizó su corazón. La verdad llegó demasiado tarde, el pasado verano. Willingham debería haber estado en Alabama.

A STEP AWAY FROM DEATH

They are a deserving club of survivors. In the history of the United States, 139 innocent people have been rescued from death row, a place to which they should never have been sent. *El País Semanal* had access to a private meeting of 21 of them in Birmingham (Alabama). We shared five days in November with these men, who are living history in North America.

By **ÁLVARO CORCUERA ORTIZ DE GUINEA**

Photograph of **SOFÍA MORO**

Translated by **ANTONY ROSS PRICE**

On July 7th, a judge let me out after 21 years, locked away in Illinois. I spent 13 years on death row because of a false tip-off and a confession that I signed after 39 hours of police torture. My name's Ronald Kitchen."

- "Good morning. My name's Curtis McCarty. The State of Oklahoma unjustly condemned me to death. I was imprisoned for 22 years. Nobody's compensated me or said they're sorry."

- "I'm Greg Wilhoit from Sacramento (California). I spent five years on death row. I'm happy to be here today."

Birmingham (Alabama, United States), we arrived at the outskirts to the south of the city on Highway 65. At a crossroads, two men on a billboard advertising pizza at 5.99 dollars. Three blocks away, the road rises steeply and we arrive at the Alta Vista Hotel, from which the entire city was visible. The premises, a white mass of colour, constructed in the 1980s, has the feel of a place that has known better days and entire buildings have closed down around it, because -they say- of the economic crisis. Alabama is the fifth poorest state in the country and the truth is that it's plain to see. The hotel is almost empty, perfect for a calm meeting.

Forming a circle in the conference room, one by one, 21 of the 139 ex-death row inmates who have managed to prove their innocence in the history of the USA introduce themselves. Alongside the eleven black men, nine white men and an exonerated Latino are their relatives, friends and five activists from Witness to Innocence, an NGO from Philadelphia that organized the meeting. It was founded five years ago by the religious, Helen Prejean; the woman brought to life in 1995 by Susan Sarandon in the film *Dead man walking*. A total of 47 people each take turns to

talk, and speaking out aloud, they introduce themselves to each other. For the group, from all over the USA, this is the chance for some to find each other again and for others to meet up. For all of them, it is an opportunity to "recharge their batteries," a kind of collective communion lasting five days, "a reunion of old students," as some joked. It is their private moment after a year in which some of them have not stopped travelling and campaigning against the death penalty in schools, universities, churches... Exceptionally, they allowed journalists, "as they're from abroad," to join their intimate forum for the first time. Some of them, such as Curtis McCarty, mistrust American journalists: "If they paid more attention to the death penalty in our country, if they said that there were unnecessary, immoral and unconstitutional things about it, they would put an end to the problem. But they don't."

THE CIRCLE WIDENS IN SIZE: 48 and 49, a journalist and a photographer from *El País Semanal* come into the meetings and share the hotel, its food, and drink and multiple conversations over five days in November, in Alabama. The place chosen by the NGO (each year they choose a different one in North America) stands out because it is one of the States in which blood flowed in the fifties and sixties, for the sake of racial equality in the United States. Situated in the south of the country, Alabama conserves all the heritage of its segregationist and religious-fundamentalist past, which it shares with other States such as Texas, Florida, Oklahoma, Missouri, Georgia, North and South Carolina, Louisiana, Arkansas...

It is not by chance that these southern regions are also those in which the great majority of executions take place in the United States; 87% of the total in 2009. But they are dead people who generate no social debate. We found

out as much in Alabama. The only moment at which the pardoned convicts and their families left the hotel in five days was to flock to the entrance of Birmingham's Palace of Justice, where they had organized a press conference. On a pleasant sunny day, only two communications media turned up: ABC television news and the weekend magazine of a Spanish national newspaper: *El País Semanal*. Hardly twenty passers-by stopped to listen.

We spoke to the exonerated prisoners from death row one by one in the hotel. In an adjacent room to the one used for the meetings, we interviewed them and took their photographs. Sharing some old brown sofas next to large windows, these 21 people explained their miracles in that place and guided us through the penitentiary, judicial and police system in the United States. The trickle of testimony paints a general situation full of common places: corruption, ill-treatment, after effects, racism... Bit by bit we faced up to the horror.

Derrick Jamison's horror story is unforgettable. This 48-year-old Afro-American from Ohio with the appearance of a rapper looks into the camera. He smiles patiently, gold teeth, rings and all sorts of cheap jewellery shining brilliantly. His Cincinnati Reds baseball hat reveals his origins and his liking for the sport. We also spoke with him about basketball. He says he is a fan of LeBron James and his Cleveland Cavaliers, the other large city in his State. Derrick is a person who awakens kindness when he speaks, he does it slowly, like a child in an adult's skin, with a strange peacefulness that surrounds almost everybody saved from death row. As if they were already over the suffering, which Derrick overcame and knows well: "I was only one hour from being executed, only one hour away from death, one hour from being assassinated; because that is what they wanted to do. Do you understand what I am saying to you? I was only one hour away from being killed," he said with a fixed gaze. It was the worst moment of his 17 years on death row, the most critical day of his life, his expiry date.

In 1985, he had been accused and condemned to death for the murder of a waiter in his city. But Derrick maintained his innocence at all times. He had to struggle against a turgid appeals system. They went so far as to offer him life-imprisonment if he confessed to the crime. He did not plea bargain. He couldn't, despite living day to day with the threat of his own legal assassination, because he knew he was innocent. The judicial process dragged on and was so slow that he had to wait until 2002 for a judge to decide that he had to be tried again and to free him from death row. Two things then became apparent: another accused person with a dubious record had had

his sentence reduced in exchange for testifying against Derrick, and the prosecutor had intentionally withheld vital statements from various eye-witnesses to the crime that contradicted the grass' false statement. In short, on the contrary, there was never any evidence against him. Jamison was finally freed in 2005. Twenty years after an unjust conviction: innocent. He has received no compensation.

Derrick, who describes his first day on the street "like a child's on the day before Christmas," was very lucky. He belongs to the club of 139 prisoners (only one woman among them and a Spaniard, Joaquín José Martínez) freed from death row, a place to which they should never have been sent. Despite that misfortune, they generally consider themselves lucky. According to the most conservative figures, at least eight innocent prisoners have been executed since 1976, when the death penalty was reinstated in the USA following a four year pause, due to the case of a convict in Georgia that went as far as the Supreme Court. Since that last great opportunity to do away with the death penalty, the USA has used various methods to put 1,188 people to death. The figure is up until 29 December, but the deaths continue, as lethal injections and electric chairs do their work. There are macabre calendars on Internet with programmes, numbers and surnames. Six deaths are expected in January 2010; three in February... the United States is the fourth country in the world behind China, Iran and Saudi Arabia with the most executions.

THE ABOLITIONIST MOVEMENT in the USA has greater merit because it is fighting an upstream battle. "At times the battle is a solitary one, above all in the South, at the heart of the death penalty States, where it lags behind the rest of the country with regard to awareness raising. At any rate, although it was frustrating to be against the death penalty in the eighties, things started to change in the nineties because more and more cases emerged of innocent people in prison. The movement has grown," in the opinion of Kurt Rosenberg, one of the activists present in Alabama, who took up the reins of Witness to Innocence shortly after the religious Helen Prejean had founded the organization. Although recent years have been positive, as New Mexico (2009), New York (2007) and New Jersey (2007) have all done away with the death penalty in their territories and broken a negative period that lasted 23 years (Massachusetts and Rhode Island having been the last to abolish it in 1984), 35 States (out of 50) still maintain the death penalty on their statute books with overwhelming public support. According to a recent Gallup survey, 65% of United States citizens are in favour,

as against 31% who oppose it. Although the gap is still abysmal, it is, however, the closest ever since the seventies and coincides with the increase in cases of innocent people freed from prison in recent years. In 2009, nine people left death row, the same figure as in 2000, only outdone in 2003, when 12 prisoners were exonerated. The count increases ever more rapidly, above all thanks to the proliferation of evidence in the form of DNA. The Innocence Project, an organization founded in 1992, has used this method to prove the innocence of 248 people (some on death row and others not), demonstrating over and over again that the USA has a problem. The last case was of a man sentenced to life imprisonment in Florida, freed on 17 December, after 35 years in prison, a record with regard to the imprisonment of an innocent person.

AND LIFE AFTER PRISON, WHAT THEN? Leaving prison, there are economic, social, family, and health problems... Seated in a wheel chair that appears to be too small, Paul House, a corpulent man of 48, freed in the middle of 2009, thanks precisely to the Innocence Project, speaks with difficulty. His mother, Joyce, is the spokesperson almost all the time: "I get angry when somebody says that there is medical attention on death row." Her child, with an extremely atrophied half-smile due to dental care in prison, backs her up: "Bullshit!" Paul was imprisoned for 22 years on death row in Tennessee. The last 10, of which he was affected by multiple sclerosis, locked up 24 hours a day in his cell, where he ate and relieved himself. He could hardly move nor speak. No prison guard made the effort, if only for the one hour a day to which he was entitled, to take him out of his cell to the patio, in handcuffs.

"He started to get problems with his balance. He thought that it was because of an ear infection. But on one of the visits, another prisoner came up to me and said, "Mrs House, something's up with your son. I've seen him holding the walls so as not to fall down." The next day I phoned my lawyer. It took us two years to get a doctor to visit and to diagnose his illness. So the other inmates looked after him." Paul said gesticulating: "I know it sounds strange, but I got to know really good guys on death row." After the diagnosis, his mother continued, the prison only gave him vitamins and paracetamol. The legal battle for the injections that he needed was arduous. Lost time that deteriorated Paul's health, surrounded by the indifference of the Tennessee authorities.

800 kilometres away from him, Nathson Fields, another innocent ex-prisoner, lived condemned to death in Illinois. *Nate*, a black man from Chicago full of energy and vitality, explained the reasons for that lack of attention

and we found out that what happened to Paul in Tennessee was not a one off, but part of the prison system: "Its mentality is... why should we give you medical care if we are going to kill you anyway?... On death row, if anything they give you a couple of aspirins." After having spent 18 years in prison, 11 of them condemned to death for a crime that he never committed, Nate's mind is jammed with memories. It is post-traumatic psychological torture: "I remember the executions each day, the friends that I saw pass by my cell on their way to their death. I recall being in the visiting room and seeing one of my friends saying goodbye to his mother and children, all of them crying because there were only two days left before his execution. Some went crazy. They couldn't stand it. They were speaking to themselves. They stopped washing. Others committed suicide. One day, one of them told me: 'Nate, I am going to miss you.' I didn't understand a thing. The next day they found him hanged. Another time, a man collapsed in the patio. We asked for a doctor. Nobody did a thing. He recovered... but they did not take him for a body scan. And guess what? A month later he died of an aneurysm."

Clearly prison made Nate stronger. He cried the day that they told him his mother had died: That day he thought: "this is it, this is my end." But even after that he was able to pull himself together. He did not give way under the pressure of waiting for the inevitable: "I don't know how I managed it. I think I had the strength to resist it because I knew I was innocent. At high school I was a champion wrestler. I grew up fighting." Family, friends, religious faith and reading are other crutches for the 21 from Alabama. Other prisoners cannot stand it. Since 1976, 11% of all executions have been *voluntary*, inmates that could not go on and renounced their right to all appeals. Two cases are expected in 2010.

ANOTHER PERSON HARDENED BY PRISON is Curtis McCarty, white, with a goatee beard, clear eyes and a shaven head. He spent 22 years in prison, 16 on death row in Oklahoma. That is a little less than half of his life behind bars. Despite having been on its fringes for so long, each comment he makes demonstrates his knowledge of society. We were struck by his story, his look and his tears: "You should see what happens to these guys when their time's cut short, when they tell them they've got to pack up their things to send them off to their families, because their execution's just round the corner." On the wall, the calendars mark the days left for each one, an intolerable psychological tick-tock. They know their exact date a few months before: "They killed my best friend.

Billy and I shared a cell for the last 11 years of his life. He was a good guy." When Curtis talks, it is interspersed with silence, while he looks for the words that in reality he knows all too well. He is a person with two sides. His heart is suffering, but at the same time he is a happy man, who laughs and has a great sense of humour. In fact, it is a great pleasure to share beers with him and his girlfriend, Amy. While she speaks, he doesn't stop taking photos with a small camera, as if he wished to document each instance of his life so as not to forget it. In fact, he acknowledges that he has problems remembering things, one of the consequences of having spent years without any everyday jobs as simple as paying a bill.

But Curtis turns serious and cries when he reveals his most severe memories. "When they killed Billy, my time ran out too. I wasn't in the mood for any shit. Some prisoners thought of going on hunger strike in protest. They were going to kill us anyway. Fuck you, you can't treat us like this," he thought. At the lowest point of his anaemia, a stroke of luck got him out of death row: the FBI was investigating irregularities at the police laboratory in Oklahoma City. An anonymous informer had sent in a list of eight cases to the federal police, among which figured his case, for them to reopen. It became clear that the laboratory had falsified proof for years, and thanks to the DNA, Curtis was able to prove his innocence. Asked whether he loved his country, he fell into a stony silence, tugged at his goatee beard, looked out at the horizon and murmured decisively, "No."

THE NATIONAL ANTHEM OF THE UNITED STATES speaks of "the land of the free," but paradoxically few Americans have been compensated for the judicial errors that had them imprisoned. After years in limbo, some are in debt, most have zero or difficult job prospects, others are alcoholics and all of them suffer from post-traumatic stress. Despite this panorama, governmental help is minimal and almost all the support is used as a lifeline for family networks and friends.

"I have spent 220,000 dollars on lawyers. I sold my house, my farm, my cars. Everything I had, even my relations mortgaged their homes," explained Randall Padgett, an innocent ex-convict, on death row in Alabama for five years. We spoke to him in front of the entrance to Birmingham's Palace of Justice. He smiles because he is no longer in prison, but explains that under the circumstances he is now ruined by the debts contracted from his stay on death row. But the truth was that either he spent the money on his own lawyers, or he would perhaps have died. The state-appointed lawyer acknowledged that he

was not going to put up much of a fight. It was a case in which he was hardly going to earn a few dollars. Finding a job is very difficult for Randall and the others, today even worse than ever, due to the economic crisis. They are people who have had no work experience for years and their stay in prison is on their record. Despite their innocence, almost no interviewer is eager to give them a chance.

There is no general information, although among the 21 people that *El País Semanal* met, only two have acknowledged receiving million dollar compensation packets. John Thompson, a man with nervous conversation and laughter, was awarded 14 million dollars for his 18 years in prison. He has yet to receive it. The State of Louisiana is bickering with New Orleans over who will share the bill. In the meantime, John has lost no time at all. He has set up an NGO and has bought a house in the city, where he welcomes all pardoned prisoners who need help, whether or not they are condemned to death. The man who did receive four-million dollars compensation for 10 years was Ray Krone: he invested it in his farm, and it is not doing so badly for him. At the same time, there are cases like Ron Keine's. A judge set the price of two years on death row at 5,000. Or worse still, Juan Meléndez's, to whom the prison system gave a pair of trousers, a t-shirt and 100 dollars when he was freed after almost two decades behind bars.

IN THE ALABAMA CIRCLE, it is explained, above all for the newcomers, that only 27 of the 35 States that practice capital punishment have laws on compensation. But they are incomplete, are not applied in practice, or only refer to cases involving DNA. At a national level, there is a law for federal prisoners that sets compensation at 50,000 dollars for each year of erroneous imprisonment, although it has never been applied, because a federal prisoner has never been exonerated. The North American Congress is at present debating a national law to cover the cases in each state, which number around 500 including the 139 to emerge from death row. However, the proposal supported at present by only 52 of the 435 members of Congress, is infinitely less generous than the Federal law: it talks about two years of indirect economic help to victims, through an NGO that would decide on a case-by-case basis. On explaining this, the conference room in the hotel is filled with disapproving comments.

How is it possible that in a country like the United States at least 139 innocent people have been condemned to death? Various circumstances repeat themselves, case after case. The police that hide or destroy evidence, bad

practice on the part of prosecutors, perjury, inexperienced and low-paid court-appointed lawyers, grasses acting only in their own interests... It's night-time now, outside the hotel, as John says, "The motives are political. They say that we need safe streets. They place the prosecutors in a situation in which they have to win. The goal of any lawyer is to become a judge. They need to win a high percentage of cases to get there. Some of them win as many as 80%. It is impossible to do it without having done something illegal."

To cap it all, when the errors are revealed, everybody washes their hands: "Nobody wants to admit to them. Many careers and pensions are at risk," explains Randy Steidl, who spent almost 18 years locked up in Illinois (12 of them, sentenced to death) and lived through two execution dates, the last, by only six weeks. His freedom came in a surprising way. Law students from the North western University of Chicago reviewed his case as a class assignment. 'Together with the honesty' of a State policemen, they proved that Randy and another prisoner were not guilty of the murder of a couple in a small town in 1986.

In 2003, one year before Randy was freed, the then governor of Illinois, George Ryan, chose that university, and certainly not by chance, to announce that he was commuting the death penalty to life imprisonment for 167 prisoners who were at the time on death row in the State penitentiary. The measure sought to avoid irreparable errors and amounted to an acknowledgement that the death penalty was on the way out in his territory. And the truth is that Illinois, where nobody has been executed since 1999, has a terrifying history with regard to corruption and misunderstandings. Many problems were known about or presaged when Ryan took that decision. One of the most scandalous was Judge Thomas Maloney's, who 'fixed' at least four trials in exchange for bribes between 1977 and 1990. His judicial career, linked to organized crime, came to an end when an FBI investigation uncovered his conduct. In 1993, he was convicted and spent 12 years in prison. A short time after his release, he died. He was 83 years old.

Perry Cobb, sentenced by Maloney in 1979, described the judge: "He was white and very racist. Everybody he put on death row or in prison was black, like me." Statistically, Afro-Americans have a greater probability of being condemned to death: in 2008 they represented 41% of the prisoners on death row, despite being less than 13% among the population of the USA, according to the Census Bureau of that country. Perry will never forget what he lost: "It was devastating for my children. It distanced me from my family. I had a wife, with whom I was deeply in

love. It took me a year and a half to convince her, with the help of my father, to divorce me. She was on the point of a nervous breakdown and did not want to bring up our children like that. I asked her to concentrate on them. One of my daughters was raped when she was 11 years old. Where was her dad? He couldn't help her," he laments.

One of the four trials that were fixed by Maloney put Nate Fields, also a black man, like Cobb, behind bars for 18 years. But although he was sent to death row in 1986 and the judge was convicted in 1993, Nate's case was not subject to automatic judicial review and he languished in prison for a further 10 years: "This judge had sent hundreds of people to prison. They knew that they'd have to hold many retrials and they didn't want to. So they preferred to execute me before reviewing my case." Nate convinced a judge, in 1998, to set bail at one million dollars for his freedom, while awaiting his final trial. He did not have so much money, but in 2003, another prisoner friend of his paid it for him and Nate was free. After six years on the street, a judge in Chicago finally declared him innocent last April.

THE POLICE IN Illinois have also been shaken by a lack of scruples. The ex-chief of police in Chicago, Jon G. Burge was removed from his post at the start of the nineteen-nineties after an internal inquiry discovered that he had been involved in at least 50 cases of torture. Up until now, Burge's dismissal is all he has paid for his acts. But Ronald Kitchen, at liberty since the 7 July, holds onto the idea that the person who ordered him to be beaten up for 39 hours, until he signed a confession to a crime that he never committed, should end up behind bars. This Afro-American smiles euphorically today and hugs his girlfriend Katina whenever he can. "I'm happy. And each day that goes by I'm a little happier," he affirms after his 21 years in prison, 13 of which he was sentenced to death. He tells us in Alabama that on his first day of freedom he recalls how he hugged his 20-year-old son for the first time and afterwards ate an ice-cream. In 1988, Ronald was a drug trafficker, as he freely admits. Then, a grass accused him of murdering two women and three children. The man was in prison at the time and subsequently had his sentence reduced. He was the brother in law of Ronald's cousin. Ronald's sure that it was all a trap to get rid of him. Without any more proof than the word of the grass, he ended up on death row, having gone through torture. Free after two decades and with imperturbable good humour, he insists that at the moment all he wants is to enjoy each day as it comes. He only backs off from playing basketball because it reminds him of his free time in prison.

A false tip-off was also behind Albert Burrell's conviction in 1987, this time in the State of Louisiana. This humble, affable man and with the *look* of a *cowboy*, tells his incredible story in a tiny voice. After divorcing from his wife, Albert won custody of their five-year-old child, Charles. A couple's murder in the neighbourhood was the perfect opportunity for his ex-wife, who telephoned the *sheriff* and told him that her ex-husband was the murderer. Having neither proof, nor witnesses, based only on a woman's spiteful lies, the police and the judge believed her version. Or, overburdened by the social pressure to solve the crime, they wanted to believe it. Albert spent the next 13 years on death row in Angola (Louisiana), one of the harshest prisons in the USA, and his ex recovered custody of the child. Albert, who had lived as an inmate in a psychiatric centre since he was 16 because of learning problems, was a perfect target, as he knew neither how to read nor how to write and had minimal resources. It was only the altruistic help of two lawyers from Minneapolis who learnt of his case that got him out of prison. Today he earns a living, at 10 dollars a day, on a farm in Texas. To add to his misfortunes, Albert's brother ended up marrying his ex-wife, who was never judged for having falsely accused him. He does not say a word to them, and has no idea of where his son is. He knows that he changed his name and little more. Albert lost everything, but he says while drinking a beer that he feels "very lucky."

The fact is that he is. "There are 139 exonerated prisoners. Only 21 of us are here. The rest: suicides, drug addiction, alcohol... Others do not wish to remember anything. Those that have been on the outside the longest try to help those that have just been released. We say to them: if you have got through your last dollar and you are going to steal... call me. If you are hungry, call me. Before going down the wrong road, call me," insisted Ron Keine, another ex convict. He thinks that North Americans are not aware that their judicial system has broken down: "It can happen to anyone. But they're not aware that it's broken down because they've never had to fight against it. They believe they shouldn't worry because they'll never commit a crime."

According to Gallup, a third of all North Americans who support the death penalty think that their country has executed innocent people, but even so they consider this collateral damage, which is worth accepting in the fight against crime. However, in another interview, this time by Harris, 41% of United States citizens reject the idea that the death penalty cuts down on crime. Apart from the risk of a miscarriage of justice, the economic crisis could now be the perfect ally for the abolitionists. Death row is too

expensive compared with life-imprisonment, as in the first place the prisoners have a right to all possible appeals: nine proceedings that ratchet up the final bill as much as they prolong the agony for years. Thus, in some sectors of the population the idea of making savings is taking root, although some lawyers see it all very differently, as the system is quite a lucrative business that many would not like to disappear.

THE COLD NUMBERS appear much hotter when given a face, a name and a surname. In the "exclusive club" of 139 North Americans rescued from the death penalty, the word hope has a particular meaning. "On death row, hope can kill you. Anything good that you expect... if it doesn't materialize... argh! Today, I face everything as if I were going to go through the worst, but I'm expecting the best. And surprisingly, the best is usually what happens," a nervous Greg Wilhoit assures us, who has still not been able to get over the alcoholism to which he succumbed after recovering his freedom.

After five days sharing the hotel, food, drink, meetings and conversations with 21 people who were on the point of dying for crimes that they did not commit, the moment comes to say our goodbyes. Shujaa Graham is an Afro-American who can be overcome by emotion. With tears in his eyes, he thanks us and repeats: "I'm a soldier." His wife, Phyllis, the white nurse with whom he fell in love in prison, had closed the workshops in Alabama, singing an emotional chorus from the years of slavery in the Deep South. The words are also apt for the exonerated ex-prisoners. The group firstly linked their hands, then clapped and sung in unison: "We who believe in freedom cannot rest!"

Shujaa gives us a t-shirt with the face of Cameron Todd Willingham, the last known case of an innocent prisoner executed, on 17 February 2004, in Texas. The authorities had offered him life imprisonment, but he rejected it, convinced that he would know the truth. The convict's last words appeared on the back of the t-shirt "I am an innocent man, condemned for a crime that I did not commit. I have been persecuted for 12 years for something that I did not do." Minutes later, a lethal injection paralyzed his heart. The truth came too late, last summer. Willingham should have been with us in Alabama.

CONGRÈS MONDIAL CONTRE LA PEINE DE MORT

世界反对死刑大会

المؤتمر العالمي ضد عقوبة الإعدام

CONGRESO MUNDIAL CONTRA LA PENA DE MUERTE

ВСЕМИРНЫЙ КОНГРЕСС ПРОТИВ СМЕРТНОЙ КАЗНИ

**WORLD CONGRESS AGAINST
THE DEATH PENALTY**

Organized by *Ensemble contre la Peine de Mort* in association with *World Coalition Against Death Penalty*

Geneva, 2010

This is a contribution from the International Academic Network for the Abolition of Capital Punishment **REPECAP** to the World Congress Against the Death Penalty

Esta edición ha sido posible gracias a la colaboración altruista de ediciones EL PAÍS, en cuyo semanal apareció publicado el domingo 17 de enero de 2010, núm. 1738, portada y páginas 30 a 41, con texto de Alvaro Corcuera Ortíz de Guinea y fotografías de Sofía Moro, que ceden sus derechos generosamente, y con el patrocinio de la Red Académica contra la Pena de Muerte.



INTERNATIONAL ACADEMIC NETWORK
FOR THE ABOLITION OF CAPITAL PUNISHMENT
RED ACADÉMICA INTERNACIONAL
POR LA ABOLICIÓN DE LA PENA CAPITAL



SiDS SOCIÉTÉ INTERNATIONALE DE DÉFENSE SOCIALE POUR UNE POLITIQUE CRIMINELLE HUMANISTE
iSSD INTERNATIONAL SOCIETY OF SOCIAL DEFENCE AND HUMANE CRIMINAL POLICY



EL PAÍS